

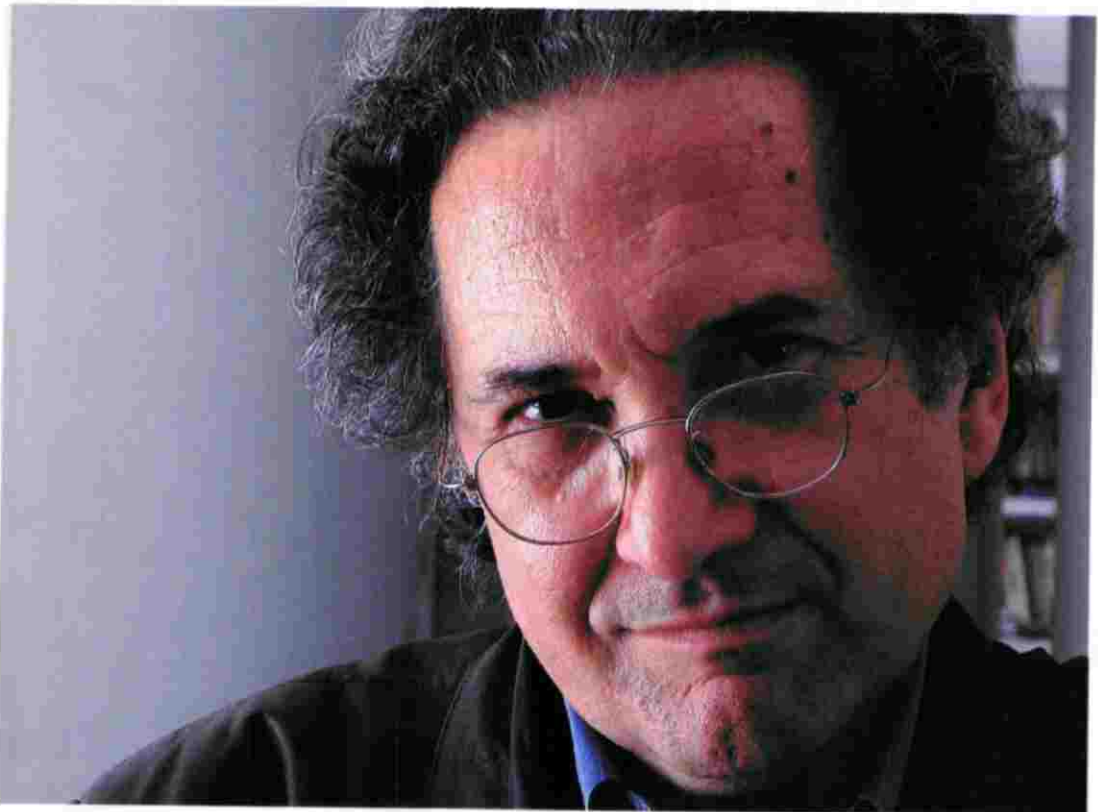


REPORTAJE

RICARDO PIGLIA

El brujo que interpreta huellas

En los próximos meses van a decirle que la novela de la "reentrée" es esta o la otra, y quizás lo sean todas las que le citen o no lo sea ninguna, pero si apunta más alto, si aspira a algo más que al plato de temporada, pongamos a una de las novelas de la década, el destino se titula "Blanco nocturno" (Anagrama) de Ricardo Piglia. **texto ANTONIO LOZANO foto EDUARDO GROSSMAN**



Han transcurrido trece años desde la anterior ficción de Piglia, *Plata quemada*, porque la lentitud era un ingrediente básico de la gestación. "Hice otras cosas en el medio y esas idas y vueltas forman parte del trabajo para mí. Escribí una primera versión y la dejé y luego la retomé y la reescribí y la volví a dejar... Me gusta esa manera de trabajar porque las historias cambian, como si tuvieran vida propia y tuvieran su propia ins-

piración", *Plata quemada* era una *non fiction novel* sobre un atraco a un banco en el que, característico del doble plano en el que suelen funcionar las obras del autor, el estudio del argot del lumpen bonaerense cobraba tanta importancia como las conspiraciones y la huida bajo fuego cruzado que hacían avanzar la trama. El mismo título de *Blanco nocturno* esconde una duplicidad, al hacer referencia a una liebre que queda paralizada de terror al entrar en el haz de luz

del buscahuellas de un vehículo y a los anteojos con infrarrojos que los soldados ingleses emplearon en la Guerra de las Malvinas para blanquear (y dar en el blanco) un objetivo en la oscuridad. La liebre de la novela podría ser Tony Durán, un puertorriqueño seductor y misterioso que llega un día a un pueblucho piojoso de la provincia de Buenos Aires del brazo de dos gemelas, pertenecientes a la familia fundadora del mismo, y una valija marrón cuyo contenido se



desconoce. A todos intrigan sus intenciones y fascinan sus maneras hasta que aparece cadáver. Los soldados ingleses estarían representados por la corte de sospechosos que, impelida por las rencillas familiares o los ajustes de cuentas personales, y ya por iniciativa propia o unidos en un complot, tendrían interés en la muerte del forastero para cumplir con sus sueños, sean estos legítimos o producto de la codicia. Hay muchas llaves pero sólo una abre.

Renzi enamorado

"Si nos paramos a pensar, uno siempre narra un viaje o una investigación. Quizás el primer narrador que hubo fue un miembro de una tribu que subió a la montaña y, a su regreso, contó a los suyos que del otro lado se hacían tales ritos, aunque quizás fue un brujo que tomó unos signos, huellas de los pájaros sobre la arena, y sobre ellas construyó el relato del futuro", ha declarado Piglia. *Blanco nocturno* supone en parte un tratado sobre el género negro, una novela que reflexiona sobre su propio trasfondo temático, sobresaliendo una deslumbrante tesis en torno a la naturaleza de un comisario de policía. Al mismo tiempo, se despliega sobre la reciente historia argentina, las tensiones campo-ciudad y la cultura de la pampa. El número dos vuelve a ser talismán: sendos viajes y sendas líneas de investigación conducen la narración sobre sus hombros. El primer viaje es el de la futura víctima, esa figura tan cara a los *westerns* que supone el extraño que, cual agente infeccioso o temblorosa placa tectónica, viene a remover el frágil orden oscuro del lugar. Su asesinato al poco de llegar activa el segundo viaje, encarnado en la figura de Emilio Renzi, enviado por su diario bonaerense a redactar la crónica de los hechos. (Un inciso: Renzi, periodista y escritor que va reapareciendo en la obra de Piglia sobre todo como portavoz de sus disertaciones teóricas, adquiere aquí más humanidad por la vía del corazón. Comenta su creador: "Me

parece que Renzi está enamorado, por eso no se va del lugar y sigue ahí, tratando a su manera un poco delirante de conquistar a la muchacha. En esta historia tiene más o menos treinta años y no permite que nadie le diga que ésa es la mejor edad de la vida").

La investigación, el papel del brujo que ha de leer bien las señales para compactar el relato de los hechos que se legará al futuro, recae oficialmente en manos del vetera-

El Piglia intelectual y el Piglia popular se dan la mano en esta novela de placer casi lúbrico.

no e intuitivo comisario Croce, un adalid de la vieja escuela que oye voces en su cabeza que le dictan el camino y gusta de pasar temporadas en el manicomio para aclarar en paz las ideas. Renzi inicia sus propias pesquisas, aunque de una forma indirecta y mucho más lúdica y sensual: entre tardes de sexo y rayas de cocaína, Sofía (una de las gemelas) le va poniendo al corriente del culebrón y las guerras intestinas que han sacudido su apellido, que es lo mismo que decir que reconstruye la historia secreta del pueblo. ("Un aspecto que cuido de mi escritura es la oralidad, el tratar de construir una relación autor-lector propia de la conversación. Mi horizonte estilístico pasa por establecer una red de complicidades y sobreentendidos que marque el *pathos* y la intimidad de lo escrito", Piglia *dixit*). Llegado un punto, ambos ángulos de entrada se cruzan y complementan: cuestionado por su ayudante de aspiraciones científicas, Saladías, y que tiene en el fiscal del caso, Cueto, a su enemigo jurado, el sabio chiflado de Croce se ve forzado a compartir su método instintivo-paranoico con Renzi. Pero, ¿y si en los sueños está la tercera y definitiva vía, la única capaz de alumbrar la trama oculta, de blanquear la oscuridad del caso? Reflexiona Croce: "Hay una solución aparente, luego una solución falsa, y por fin una tercera solución".

Una historia épica

Piglia nunca olvida la gran lección de la Generación Perdida de que se puede tener una gran conciencia artística y ser al mismo tiempo muy popular. De aquí que se haya acercado al género negro con la pasión del lector fanático –en 1968 dirigió para el modesto sello bonaerense Tiempo Contemporáneo la colección de novela policíaca estadounidense Serie Negra– y con el intelecto del que ha absorbido y luego expuesto magistralmente sus mecanismos –un botón: el artículo *Sobre el género policial* en su colección de ensayos *Crítica y ficción*. Por ello, lo policíaco es siempre el pretexto, un hilo de alambre que tensiona y distiende para crear figuras multiformes. En el caso de *Blanco nocturno* señala que "me interesó trabajar la historia de un héroe enfrentado al destino, con muchos personajes secundarios y varios conflictos. Traté de buscar en la novela un registro digamos épico. ¿Cómo sería hoy escribir una historia épica? Ése fue para mí el desafío del libro". Punteando ese registro, teorías económicas, argumentaciones teleológicas y gramaticales, exégesis de Carl Jung y G. Lukács, analogías a partir de Sorel, Fabrizio o Swann, la respuesta a por qué Napoleón es el ídolo de todos los locos y de todos los fracasados, una máquina para domar el inconsciente... En definitiva, un laberinto de referencias cultas y un solapamiento de capas y más capas de sentido (el Piglia intelectual) en un escenario de intrigas y de romance (el Piglia popular).

Renzi se enamora de Sofía por una cuestión lingüística. "Ahora le sucedía cada vez menos, pero cuando estaba con una mujer, y le gustaba el modo que tenía de hablar, se la llevaba a la cama por el entusiasmo que le provocaba verla usar el pretérito perfecto del indicativo". *Blanco nocturno* brinda ese placer lector casi lúbrico que se presenta de forma muy excepcional. ■



Blanco nocturno
Ricardo Piglia
Anagrama
304 págs. 19 €.